



MUKUNDA, EL MENDIGO

Por Ada Albrecht

Gadu, el renunciante, meditaba serenamente a la puerta de su cabaña, desde donde podían contemplarse los nevados Himalayas envueltos en su paz milenaria. En sus laderas, serpenteaban arroyos nerviosos e inquietos. Eran el símbolo de la mente humana, como las montañas sagradas lo eran de los Hombres realizados que sólo se entienden con el Infinito.

De pronto se oyeron pasos tambaleantes sobre las piedras. Era el joven Mukunda, de la aldea de Midurivar, que se acercaba al sabio envuelto en lágrimas y desasosiegos. Esperó, entre mal contenidos sollozos, a que el santo retornara a su conciencia, y cuando lo hubo hecho, Mukunda le dijo arrojándose a sus pies benditos:

—Señor, he estudiado los *Shâstras*, conozco la *Vedânta* palmo a palmo, los *Yogas Sûtras* no esconden secretos para mí, y tampoco las otras *Darshanas*¹. ¡Ay! Nada hay que el lobo

¹ Los *Shâstras* son libros de sabiduría; la *Vedânta* es la escuela de filosofía hindú que enseña el no-dualismo, es decir, la absoluta identidad entre el alma individual y Dios; los *Yoga Sûtras* son el libro para guía de aspirantes espirituales escrito por el sabio Patañjali; y las *Darshanas* son los diversos senderos espirituales de la India, es especial los seis llamados ortodoxos.

hambriento de mi cerebro no se haya llevado a las fauces nunca ahítas de alimentos verbales. Y mírame, desfallezco. El engorda y cría carnes de conocimientos que para nada sirven. Me encuentro en medio del temporal de *Mâyâ*¹, me cerca el *Samsâra*² como un lazo de hierro que amenaza ahogarme constantemente. Tengo una sola verdad: mi ciclópea ignorancia. Vivo en brazos de ese gigante negro del apego al yo, y no consigo liberarme de su horrible compañía. Todo yo soy la encarnación del temor. Temor a la vida, temor a la muerte, temor por todos lados. Este me cerca como el mar al cuerpo desvalido del naufrago. ¿En qué me equivoqué, santo mío, en qué? ¿No soy un *Brahmachary*? ¿No dediqué mi vida al estudio de las Escrituras? ¿No rendí culto a los Dioses? ¿No bañé mi cuerpo una y otra vez en las aguas purificadoras de nuestra Madre Ganga? Estoy a punto de perder la escasa Fe que lograra tras años y años de meditación y eso, imagino, es peor que la muerte... Padrecito, ¿qué debo hacer? Vengo a rendirme completamente a tus pies. Mátame o revíveme vertiendo sobre mi ser el agua de tu sabiduría...

Y no pudo hablar más, porque las lágrimas y los sollozos lo arrastraron al país del dolor.

¹ El mundo de la Ilusión.

² El ciclo de nacimientos y muertes al cual se hallan sujetos todos los seres hasta que alcanzan el estado de Unión con Dios o Conciencia Divina.

Gadu lo contempló con una dulcísima mirada. Él también estaba llorando. Veía en él, el símbolo de la Humanidad. Entonces, secándose el llanto, le dijo:

—Ay, pobre alma equivocada. ¿En qué *Shâstra* has leído que el Camino se halla en la selva verbal? ¿No te dice Krishna en el *Bhagavad Gîtâ*: “Posa tu mente en Mí, sé Mi devoto, sacrifica en Mi honor, póstrate ante Mí”? ¿Es acaso Krishna inferior a tus Libros Sagrados? Mal Rey has elegido para reverenciar: el Rey Intelecto. Olvídate de él, deja de rendirle culto. Yo te daré la medicina apropiada para tu mal. La cura consiste en el olvido de los *Shâstras* y el recuerdo constante de Dios. No esperes mucho para tomar esta medicina, porque quizás luego sea demasiado tarde. Estás a tiempo todavía. Hazte mendigo...

Y agregó emocionado:

—Hazte mendigo del Amor. Es lo que Dios anhela de nosotros. Para eso hemos venido a este mundo de lágrimas, para encontrarlo. Hallándolo, todo está hallado. Olvidándolo, la criatura humana está completamente perdida. El Reino Divino, hijo querido, posee dos puertas: la de entrada, que es el intelecto, y la más interna, que es la del corazón. Cuando abras esta segunda, te hallarás a los Pies de Nuestro Señor. No te quedes en la primera. Simplemente, pásala y busca la otra, la celeste. La Humanidad es un gran vientre cerebral que se ali-

menta de inmundicias racionales. ¿Para qué les sirven al Gran Pensador, las diminutas lógicas con las que buscamos asirlo? Él se ríe de ellas, ¡y a veces llora! Sus hijos más cultos suelen ser espiritualmente los más salvajes. El cerebro les devora toda la energía, y así, no les queda fuerzas para depositarlas a los benditos pies del Niño Celeste del Corazón, que es la Morada de Aquello.

Luego le dijo:

—Hazte bueno, Mukunda, no sabio... bueno como el pan, bueno como las piedras, como el agua... El pan no se niega a nadie, no dice “elijo que este me devore y este otro no”. A las piedras las pisan tigres, santos y ladrones, y a todos los sostienen con gentileza. El agua calma la sed de miles de criaturas, y da su vigor a espinos y jazmineros. La criatura humana que no recuerda a Dios está seca. No posee vida celeste porque sigue una falsa dirección para hallar el Camino. Mukunda querido, una hoja amarilla y ya muerta de otoño, tiene más sustancia divina que ese ser humano olvidado de Dios: por lo menos, con su cuerpecillo mustio va a nutrir a la Madre que ayer le dio la vida. El hombre alejado de Dios ni siquiera sabe de la gratitud, de todo se queja, lloriquea continuamente. Sólo es feliz en brazos del placer hipócrita que lo amarra como una cobra venenosa a las playas de la Gran Mentira, este sueño inmenso que llamamos *Mâyâ*. El Amor bienaventurado es una espada

en las manos de Dios, con la cual destruye nuestro pequeño yo. Cada vez que entregas algo, cada vez que das algo, entregas una parte de ese pequeño yo. Lo debilitas con el sentimiento inegoísta, hasta que por fin se muere, pues si hay algo que al yo le disgusta, es precisamente un corazón generoso, comprensivo y tierno.

Y finalmente dijo:

—No pienses más en las Escrituras. Haz del árbol de mango tu Maestro. Obsérvalo con atención. Es hijo de Dios, y de Él aprendió el difícil arte de ser auténticamente generoso para con todos. No pases por el libro de la Naturaleza como suelen hacer los ciegos: con indiferencia, creyéndose superiores a los lotos y *Champakas* porque no los ven, asomados a la puerta de la soberbia y el desdén. Hijito mío, que la Paz te nutra a través del Amor. ¡Ve por el mundo amando! Olvida el pensamiento. Olvídalo. No viniste a descubrir a Dios a través de tus álgebras racionales; has venido a ser devoto Suo y de todas Sus criaturas. Pasará esta noche, y ya verás qué maravillosamente pura alborea el Alba en tu Mañana...

Y Mukunda cubrió de besos y de lágrimas los pies del divino santo, y se hizo a los caminos.

—Seré mendigo —se dijo—; mendigo del Amor. Eso me ha aconsejado el sabio y nada más que eso seré.

La determinación estaba tomada, mas en este mundo de *Mâyâ*, nada hay que sea más difícil que ello: ser un mendigo del Amor.

—El Amor-Dios —se dijo Mukunda—, posee un palacio maravilloso: el Universo. Toda criatura que habita en él le pertenece a Dios, y sirviéndolas, a Él se lo sirve, de modo que dedicaré mi vida a ello.

—Amor, Amor —rogaba—, dame una moneda de Tu inmenso tesoro... Dame la posibilidad de ser bueno. No te impongo condiciones. ¡Dame simplemente esa posibilidad! La posibilidad de Dar y de Servir, pues en ambas acciones se esconde Tu tesoro, y este será mío en la medida en que yo Te sea un discípulo fiel.

Mientras hablaba de este modo al Señor, pasó por una pequeña aldea, y vio a un campesino castigando duramente a su búfalo. Por su lomo corrían senderillos de sangre y lloraba de dolor. Porque también los animales lloran. Mukunda se abrazó a la pobre bestia y dijo dirigiéndose a su dueño:

—¡Oh buen hermano campesino! Restalla tu látigo sobre mi cuerpo. Si él ha hecho algo malo, ha sido también mi culpa, pues nada hay desunido en este Universo. Yo podré soportarlo mejor, porque aunque no poseo su fuerza, Dios me dará el valor necesario para resistirlo.

El pobre campesino pensó que se trataba de un loco y descargó su furia contra Mukunda. Saciada su cuota de violencia, arrastró al animal tras suyo, quedando Mukunda malherido en medio del camino. Su felicidad no tenía límites. Ríos de resplandecientes estrellas poblábanle el corazón, y un estado de bienaventuranza cubría su alma como un manto bendito.

—Tu primera moneda, Dios del Amor —decía llorando y riendo—. Me has dado tu primera moneda, y no tengo palabras para agradecerte.

Se levantó como pudo, hasta llegar al pie de un bayan gigantesco cuyas numerosas ramas-troncos conformaban una sombra espesa y generosa. Se tendió bajo ella y se quedó dormido.

Al despertar, grande fue su sorpresa al ver al Rey y sus Ministros, hincados de rodillas frente suyo.

—No te asombres, oh joven —dijo el Rey, con las manos juntas—. Desde hoy serás mi hijo, el príncipe heredero. El astrólogo y *Guru* de mi Corte, ha vaticinado que en este mes de Margashirsha, de tarde, bajo este árbol bayan, hallaríamos a un joven como tú, cubierto de heridas. La hora que nos diera el sabio es esta hora, y el día es este día. Tú me sucederás en el gobierno del reino, y según nuestro sabio serás un Rey por demás justo y generoso.

Mukunda fue llevado a palacio en un palanquín de oro. Ya en sus cámaras reales, fue atendido por los médicos de la Corte que curaron sus heridas. Lo bañaron y vistieron de costosas ropas, y lo presentaron en su oportunidad a la hueste de sabios Ministros. El Rey no cabía en sí de gozo. Descubrió, con el andar del tiempo, que ciertamente se trataba de un alma bendita, toda caridad y compasión, toda justicia y nobleza. Y así transcurrió el tiempo, hasta la muerte del Rey y su ascenso al trono.

Nunca esas tierras conocieron tanta felicidad. La vestían todas las virtudes, se desconocía el dolor y la pobreza. No existían ladrones, pues cuando alguien hurtaba algo, inmediatamente se lo colmaba con el doble o el triple de lo sustraído, y se le pedía perdón por no haberse tenido conciencia de sus necesidades. Se ponía entonces a los ladrones bajo la tutela de los Maestros de la Corte, quienes les enseñaban que en verdad nadie puede hurtar nada de nadie, pues todo queda aquí, en nuestra pequeña casa cósmica. Muchos de ellos, tomaron las sagradas vestiduras. El amor con el cual se los guiaba era tan grande, que no hubo un solo ladrón que no desistiera de sus malas andanzas. El joven Rey les enseñaba a sus Ministros a ser bondadosos con todos, sin discriminación.

—Quien discrimina es la mente —les decía—. Si alguno de estos ladrones fuera vuestro hijo, excusaríais sus fechorías, y ello, porque estaríais bajo la regencia sublime del afecto. Así es

como nos quiere Dios, y así debemos querernos entre nosotros.

Y de noche, cuando quedaba por fin solo, lejos de sus Ministros, de las audiencias y labores propias de un soberano, arrodillado y con las manos juntas, exclamaba lleno de gratitud y alborozo:

—Le has dado otra moneda a este mendigo, Dios Amadísimo... Me has permitido hacer el bien y conducir a hacerlo a quienes me rodean.

Pero la felicidad, como se sabe, es una niña que no permanece por mucho tiempo entre los brazos de nuestra Madre *Mâyâ*.

Cierto día, un soberano del reino vecino les declaró la guerra, y Mukunda, con los brazos abiertos y el corazón pletórico de desapego fue a verlo, diciendo:

—Hermano querido, ¿qué importancia tiene que sea yo, o seas tú, quien dirija este reino? En el fondo ni tú ni yo lo hacemos, sino Nuestro Señor que se vale de nosotros, como un artista de su instrumento. ¿Hemos de hacer morir a miles de soldados por la tonta ambición de imperar? Si mis Ministros te aceptan, y aunque no lo hicieran, te entrego mi cetro y mi corona. La guerra es sufrimiento para muchos inocentes y nada se gana con ella. El reino que ahora me tiene como Rey, cono-

ció a miles de Reyes antes que yo: lo mismo ha sucedido con el reino tuyo. En ambos, sin embargo, como al principio de los tiempos, siguen los campos dando sus frutos y los jardines sus flores. Ellos conocen más que nosotros sobre el legítimo Dueño de las cosas. No. No voy a luchar, no voy a ser causa de dolor.

Y el joven Rey Mukunda habló luego con sus Ministros.

Era de esperar que no lo comprendieran.

—Tu deber es defendernos —exclamaron a coro—. Si no lo haces, pensaremos que eres un cobarde. ¿Cómo darás este reino al enemigo?

—Es que no es enemigo —dijo Mukunda.

—¿Y cómo puede llamarse a quien viene con el propósito de conquistar aquello que no le pertenece, a hacer la guerra para salir victorioso en sus nefastas ambiciones? —replicaron los Ministros.

Y como Mukunda permaneciera callado, la ira se fue apoderando de todos ellos. Una ira sorda, ciega, bestial.

—El Rey —pensaban— nos deja solos. Es un ser débil y miserable que sólo nos ha servido para los tiempos de paz, pero es evidente que no puede hacerlo en los de guerra.

—Os matareis entre vosotros —gemía el monarca. Cubriréis de sangre y de dolor cada casa, cada aldea, cada ciudad. ¡Dios es el único Poder que rige detrás de Reyes y Ministros! ¡Sed buenos, desapegaos de vuestra falsa creencia del “yo soy”, “yo tengo”, “yo hago”. Nadie es, nadie tiene, nadie hace; el mundo ya tiene su Señor y Dueño. Despertad de la ilusión que os vela el entendimiento.

Estas palabras no hicieron sino encender aún más la ira de todos.

—¡Merece la muerte! —dijo uno de los Ministros.

—No —exclamó otro—; ello sería un premio para este desdichado. Lo que merece es un castigo ejemplar en las mazmorras.

Y como todos estuvieran de acuerdo en esta última resolución, Mukunda fue arrastrado hasta los oscuros sótanos del palacio, donde aguardaban por él sus verdugos. El castigo fue horrendo, y lo hubiera sido más aún, si el mismo no hubiera coincidido con el ataque del soberano del vecino reino. Todo comenzó a movilizarse para la guerra, y hasta los verdugos, ansiosos más que nadie de pelea, se olvidaron de su víctima, abandonándola en medio de su dolor.

Su cuerpo había sido sometido al fuego. Tenía llagas por todas partes. Cuando recobró la conciencia, dijo desde el fondo de su corazón:

—Otra moneda... Dios del amor... otra moneda que has dado a Tu mendigo y que éste agradece desde el fondo del alma. Esta es Tu Voluntad, Rey del Universo. Primero me has puesto de cobertor de un búfalo, luego me has hecho soberano de estas tierras, y ahora me has arrojado a las mazmorras que hacía tanto tiempo, durante mi gobierno, se hallaban clausuradas. Todo es Tu Voluntad Divina. Mi alma aprende así el difícil arte de la aceptación y el contentamiento con lo que sea que nos des. Porque eres Tú quien sabe lo que nos conviene.

—¡Oh Rey de la Luz Única! ¡Tú serás general y soldado en esta guerra y a cada quien le otorgarás la enseñanza que Te plazca por los medios que Te plazcan! ¡Bendito y alabado seas mil veces!

Fueron pasando los días, y los gritos y el entrechocar de espadas en el combate fue menguando. Cada vez eran menos, hasta que por fin, cesaron por completo. El silencio parecía ser el único habitante del lugar, hasta que una mañana se abrió la pesada puerta de la mazmorra. Era el soberano del reino vecino. Estaba malherido y caminaba tambaleándose.

—Sabía que te hallaría aquí —le dijo con lágrimas en los ojos. Todos han muerto, los míos y los tuyos. Fue realmente una masacre. He sido un ciego poseído por la ambición de tornar más vasto el territorio de mi propio reino. En el fondo, sentí mucha envidia de ti, pues los viajeros me hablaban maravillas de tu Gobierno. Quise destruir tanta luz, y en vez, me he destruido a mí mismo... Mírame, estoy a la puerta de la muerte. Vine a decirte que abandono mi reino y el tuyo, o mejor dicho, lo que ha quedado de ambos. Pienso renunciar al mundo y tomar las vestiduras sagradas. Veo que en la Casa de *Mâyâ*, todo es insubstancial y efímero, ya no me apetece este juego de causas y efectos.

—No —repuso Mukunda—. Sanarás de tus heridas, y tendrás que imponerte un castigo: el de ser soberano de ambos reinos, pero sin que el apego se poseione de tu corazón. La verdadera renuncia no es material: su raíz está en la mente. No te consideres jamás Rey, y llegarás a serlo algún día... pero de ti mismo. Yo también curaré y dejaré este palacio y estas tierras... Tengo que continuar mi camino.

Y Mukunda contó al Rey lo que había sucedido aquella lejana tarde, bajo el árbol bayan, y cómo había sido llevado a palacio como príncipe heredero. Le confesó también que era un mendigo del Amor, y que todo lo que le interesaba era ser un hombre bueno. El Rey al que sus Ministros habían llamado

enemigo, se deshizo en lágrimas. Abrazó a Mukunda y lo llevó a Palacio, pero fue inútil. No pudo convencerlo que permaneciera en él.

—¡Podrías enseñarme tanto! —le dijo—. He destruido miles y miles de vidas. Soy el peor de los asesinos...

—Tú no las has destruido— repuso Mukunda—. Dios nos da y nos quita la vida cuando a Él le place. Su Voluntad y no la tuya, dirigió esta guerra.

Cuando curó de sus heridas, se hizo una vez más al camino.

Andando y andando, cantaba *Kirtams* a su Único, y recogía —como Mukunda decía— sus monedas aquí y allá.

Una vez, sirvió de esclavo a una vieja vaca a la que se le habían caído todos los dientes, razón por la cual le era imposible comer. El trituraba el pasto para alimentarla y así lo hizo hasta que el pobre animal se vio libre de su envoltura física. En el momento de su muerte, un maravilloso fulgor emergió de su cuerpo.

—Soy el *Deva* Gavida —le dijo—, de la corte de Chitraratha, el Rey de los Músicos Celestiales. Mi alma necesitó aprender algo y así ingresé a este cuerpo animal del cual ahora me veo libre, y así te digo, Mukunda, antes de abandonar la tierra de los Hombres: Como tú me alimentaste en mi vejez, y cuando me hallaba completamente imposibilitada de tomar alimento,

así también yo, alimentaré tu corazón de cantos. Serás el Rey de los *Bhagavatars*¹, y hasta Chitraratha mismo escuchará entonces tus venerables versos a los Dioses. ¡Bendito seas una y mil veces por tu corazón compasivo!

Y Mukunda, llorando y riendo, con los brazos extendidos al cielo, repetía una y otra vez:

—Gracias por esta otra moneda, Rey mío, Idolatrado ¡Alguna vez tendré las suficientes como para poder adquirir la sabiduría del Auto-Conocimiento! Mas, bien sé que para ello, ninguna criatura Tuya debe serme indiferente sobre la Tierra.

Cierta vez, al cruzar un río, vio cómo un inmenso pez *givara* luchaba denodadamente por su vida; había sido cogido por el anzuelo de un pescador.

Con todo cuidado, Mukunda lo liberó de su cautiverio, curando sus heridas con amor infinito.

Antes de alejarse por sus caminos de olas, el pez dijo a Mukunda:

—Tú también, al cruzar el mar de *Mâyâ*, hallarás la mano compasiva de la sabiduría que te ayude a no caer presa del gran pescador, el Apego. ¡Bendito seas, por tu corazón generoso!

¹ Los devotos que cantan a Dios.

En otra oportunidad, a los pies de un árbol, halló herido a un pájaro *godila*.

El plumaje de estas aves es todo azul, semejando un pedazo de inefable cielo, y su canto armonioso, como el de la misma *Vina*. Mukunda se constituyó en enfermero suyo. Durante días y noches velaba por el avecilla con celo sin igual, hasta que una gloriosa mañana, la vio restablecida por completo.

—Mukunda —le dijo el ave—, la Bienaventuranza será tu compañera para siempre. Cuando vuelas hacia Dios Infinito, si algún *Karma* te saliera al encuentro para impedirte el viaje, esta acción tuya lo destruirá de inmediato. Irás a Sus brazos como el perfume a la flor. ¡La Tierra tiene contigo un nuevo santo!

Y con mil bendiciones más, remontóse el ave hasta perderse en el espacio.

Fueron pasando los días, las semanas y los años para Mukunda, el devoto del Amor. Su tesoro era ya infinito, sus monedas, como él las llamaba, se habían convertido en verdaderas arcas de reyes.

La estación de la vejez se había hecho presente en su cuerpo. Ahora vivía en una cabaña y raramente salía al exterior, alimentándose como podía, con las dádivas que algún alma

generosa le alcanzaba. Un poco de leche, de arroz, un trozo de pan, alguna fruta, eran suficientes.

Cierta mañana, amaneció con fiebre y supo que la vida lo abandonaría a la brevedad. Entonces, escuchó que alguien llamaba a su puerta.

—Pase quien sea —dijo Mukunda con un hilo de voz—, pues la debilidad que lo poseía era muy grande.

Toda la Luz del Mundo, ingresó entonces en la humilde choza. El resplandor impedía ver el rostro del visitante, quien dijo:

—Mukunda, me has comprado hace ya mucho tiempo.

—¿Quién eres, Divino Señor? —exclamó Mukunda profundamente emocionado.

—Soy tú —repuso el recién llegado.

Mukunda cerró entonces los ojos y emergió plácidamente del cuerpo. La luz se unió con la luz y no fueron dos sino una. Mukunda había llegado a la otra orilla. El Amor era suyo y él era del Amor y el Amor era Aquello.

Ya al salir de la Casa de la Madre *Mâyâ*, dejó con esta su vestidura mental.

—Madre —dijo—, te devuelvo lo que es tuyo, lo que me dieras en préstamos al visitar tu reino. Lo que es la lámpara a la

luz, así es el pensamiento al corazón: sirve tan sólo para mostrar la llama, cuyo fulgor no le pertenece. Que los Hombres, tus hijos, aprendan pronto esta lección para que puedan ser felices ¡Qué haya, Madre, en tu Casa, muchos mendigos del Amor!

En su viaje, fueron con él los ángeles de miles de bendiciones. De algún modo, el alma de su primer llanto a los pies de Gadu, su sacrificio corporal para proteger al búfalo, sus años de Rey compasivo, las bendiciones de la vaca que alimentara, del pez que salvara, del avecilla que cuidara, y de tantas, pero tantas criaturas que protegiera. Todo eso lo acompañó como un inefable manto de luces y de mieles, hasta que tocaron los límites del Tiempo.

Luego, el alma bendita de Mukunda, que ya nunca retornaría al caleidoscópico reino de las tres *Gunas*¹ ingresó para siempre en la Eternidad...

Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura

¹ Las tres cualidades de la materia: armonía, actividad e inercia.